

sicos. Además, no tiene en cuenta la previsión del futuro como campo en que el hombre espera verificar las exigencias que llega a sentir.

La contribución efectiva del neopositivismo se centra en los aspectos gnoseológicos de la verificabilidad. Reducir lo real a lo verificable supone ya rebasar el realismo ingenuo. Pero contentarse con eso es poco y pobre. Otro aspecto muy importante es el esfuerzo por logizar el lenguaje, distinguiendo entre acepciones vulgares y técnicas, aunque tampoco es suficiente recurrir al simbolismo matemático para cambiar sustancialmente la situación respecto al positivismo antiguo. Por otra parte, el lenguaje en sí mismo mantiene una estructura física propia, que hay que mantener siempre. La experiencia sintetiza en sí un conjunto de elementos, a cuya descripción ha de aludir siempre la expresión lógica.

El carácter más notorio del conocimiento científico neopositivista es el de «intersubjetividad». Esta nota significa una eliminación de la subjetividad, traduciéndola a datos objetivos de tiempo y espacio y sacándola, por tanto, del punto de vista abstracto. Pero hay gran diferencia entre los métodos filosóficos y los científicos. Es ingenuo querer extender el método positivo, apropiado para la ciencia, a la filosofía. Su estilo responde más bien al *homo faber* que al *homo sapiens*.

La intersubjetividad, como método de verificación y de averiguación neopositivista, tiene los límites de ser histórica, porque requiere relaciones concretas entre hombres, y de poder ser objeto de experiencia comunicable, porque hay experiencias que no son compartibles por darse en la incontinuidad de la conciencia individual como interioridad pura, siendo sólo comunicable su representación expresiva concreta.

Es objeto de comprobación empírica la seguridad de ser cada uno de nosotros un yo continuo, a pesar de la mudanza y variedad de las representaciones y verificaciones que podemos calificar como nuestras. Por tanto, también la historia entra en el concepto genérico de experiencia, aunque no englobable en el concepto de *strong verification* ni de *factually significant*, ya que no es tan verificable la entidad del *acto* como la del *hecho*. El acto es anterior y genético del hecho. La debilidad del neopositivismo

aquí es su incapacidad de comprender la experiencia histórica dada en el sujeto agente. Le resulta imposible admitir la actividad en sí.—A. S.

KLINE (George L): *Recent Soviet Philosophy*, en «The Annals of the American Academy of Political and Social Science», vol CCCIII, enero 1956 (páginas 126-138).

En Filosofía, como en otros sectores, en lo que respecta al conocimiento teórico de la Unión Soviética después de Stalin, parece a primera vista que se ha entrado en un período de relativa libertad de discusión, que ha permitido una cierta elasticidad en lo que se refiere a las diferencias de opiniones. Unas recientes declaraciones son esclarecedoras en este sentido. Según ellas, la solución de los más importantes problemas científicos exige una cierta libertad en la discusión y en el intercambio de puntos de vista. Estos conflictos de opinión se constituyen cada vez más en normas de vida de las colectividades científicas. Se admite incluso que de tiempo en tiempo conviene que exista un conflicto de opiniones para revisar las tesis del marxismo-leninismo, en lo que se refiere a su desarrollo dialéctico. La aplicación de estas tesis a la Filosofía abre posibilidades anteriormente desconocidas. Desde luego, la misión de la Filosofía continúa siendo parcial, ya que no se escapa de estar al servicio de la orientación política. Fundamentalmente, la Filosofía tiene como objeto estructurar científicamente la política del partido.

El último criterio con relación a los métodos y a los supuestos del contenido filosófico consiste en rechazar abiertamente la pretensión de sustituir la lógica dialéctica por la lógica formal, ya que esto implicaría un ataque a los fundamentos del marxismo-leninismo. Se condena también explícitamente el movimiento nihilista, al que se juzga un movimiento desviacionista.

En el orden de la teoría del conocimiento de la Filosofía y de la ciencia, parece que se abre camino una interpretación con una cierta orientación relativista, aunque condicionada a los intereses de la política soviética.

Hay, por último, una mención, en las declaraciones de los últimos tiempos, respecto al sentido de la moralidad en



cuanto fundamento de una teoría social; el punto de vista es el siguiente: la moralidad es, de acuerdo con el criterio del partido, el autosacrificio en la lucha por el comunismo.

Quizás el cambio más profundo se observe con relación a la historia de la Filosofía. Frente al criterio de negar la utilidad o ventajas de la historia de la Filosofía occidental, se impone el criterio del estudio de la historia de la Filosofía como base para el desarrollo de la Filosofía política soviética. Diversos autores han publicado una Historia Colectiva, en la que parece que conceden más importancia de la que comúnmente se otorgaba a la opinión burguesa sobre estos temas.

Los órganos oficiales soviéticos han realizado últimamente una amplia crítica acerca de la enseñanza de la Filosofía y el problema de la renovación, sosteniendo la tesis general de que la Filosofía se caracteriza por un lento proceso, en el que las innovaciones son más aparentes que reales.—E. T. G.

MONTEFIORE (Alan): *Philosophy in France*, en «*Philosophy*», XXXI, 117, 1956 (págs. 158-162).

En Francia la influencia intelectual marxista sigue teniendo mucha importancia. Así lo vienen a demostrar los libros de Merleau Ponty, *Les aventures de la dialectique*, y de Raymond Aron, *L'opium des intellectuels*. El marxismo clásico viene siendo representado por lo que podríamos llamar un «fárrago filosófico», que para alguien es ya considerado como restos históricos. Lo que más ha prevalecido de la pasada generación de filósofos marxistas es su terminología. Ello hace que muchos que de momento parecerían marxistas son más bien derivaciones del marxismo. El libro *Le Marxisme*, del escritor Henry Arvon, es una pasable introducción al tema. Con

el mismo título está la obra del profesor Acton, que penetra en su ideología tanto como Arvon, sopesa tesis en favor y en contra del marxismo en conjunto. Explota los elementos tomados de la dialéctica hegeliana y la noción de enajenación.

Joseph Ohana, en *Pouvoir politique et pouvoir spirituel*, opone los valores espirituales a los políticos, considerando a los primeros como valores ideales y reflejos de las tendencias unificadoras inherentes a la naturaleza humana como conjunto. Hay en él aceradas críticas contra la ética kantiana, la intuicionista, la utilitaria, la marxista y la católica. Es un libro extrañamente incoherente.

El *Essai sur la politique de Hume*, de Georges Vlachos, hace pensar en la extraordinaria simpatía del autor por el tema tratado. Es un libro claro y estimulante.

La obra de Edmond Barbotin *La théorie aristotélicienne de l'intellect d'après Théophraste* es un examen completo de los puntos de vista de Teofrasto sobre el asunto, lo cual tiene un interés primordial sabido el puesto que Teofrasto ocupa entre los discípulos directos del Estagirita. El apéndice añade textos de Teofrasto, cuidadosamente criticados y traducidos. Evidentemente se aporta mucha luz sobre el oscuro tema de la teoría aristotélica acerca del intelecto activo y pasivo, y sobre el origen y destino del alma. Al revés que otros filósofos que intentaron concordar a Aristóteles con Platón, Teofrasto le presenta tal como efectivamente era. Tiene el libro índices excelentes y bibliografía completa.

*La notion Normal en psychologie clinique*, de Fr. Duyckaerts, discute la aceptación de varios candidatos a sinónimos de «normal» en dicha materia. Se barajan integración, independencia, autonomía, adaptación, tipismo. El punto de vista propio del autor es que debe considerarse normal al hombre cuya vitalidad individual y social esté orientada creadoramente.—A. S.